

LAS MEMORIAS DE CHAPLIN



OS inclinamos a creer que Charlie Chaplin no debía haber escrito sus memorias. Cuando, hace tres o cuatro años, fuimos a su casa, sobre Lausana, para tratar con él de la eventualidad de publicar y traducir en español ese libro, nos pareció que él mismo no acababa de estar seguro de que estas memorias aparecieran algún día. La casa de Chaplin es un palacio burgués, en lo alto de una colina, un hotel de piedra rodeado de un parque; ante la puerta, un árbol enorme, un abeto descomunal se empapaba de una lluvia intensa que caía a chorros sobre el paisaje, a borbotones. Todo era agua en aquella mañana gris y destemplada, que parecía de plata. La secretaria del actor nos entretuvo largo rato con diversas excusas, pero al fin apareció Charlie Chaplin y nos atendió brevemente. Hay algo en los hombres como él que debiera escapar a la presencia física. Estábamos tan seguros de conversar con un mito que todo lo que dijimos, y dijo él, estaba vencido por esta realidad. Charlie Chaplin debiera haber escrito un libro sobre filosofía, unas páginas poéticas o un tratado de sociología. Pero lo que él viene a contarnos de sí mismo es lo que ya sabíamos; lo que ignorábamos es el transcurso de los sucesos, su hilación en la vida del hombre, su calendario y, por tanto, lo que ellos mismos tienen de reales y de "historiables". Todos ellos pertenecen al mito y, consecuentemente, a una zona de realidad imprecisa y fluctuante, sin raíz terrena y temporal. En cuanto chocan con las exigencias de la hacienda pública, se desvanecen la aureola que llevaban, que era hasta entonces pábulo de sueños y de conjeturas.

Lo mismo ocurría con su figura. Aquel sujeto bajo de estatura, de pelo blanco, de mirada vivaz e irónica, puesta en nosotros como la de un hombre de negocios, enfundado en su batín rojo, nos daba la impresión de ser un "bourgeois gentilhomme", nunca el creador de tantas ni tan fantásticas cintas ni, sobre todo, creador de una figura humana de vastas dimensiones. Su voz y las cosas que trataba eran también de "bourgeois gentilhomme". No se podía adivinar tras el trato y el comercio al ensañador misterioso y fecundo de sus cintas que llegó con ellas a expresar los matices más hondos de la humanidad. Al contrario, podría haber sido en aquel instante su propio secretario o su ayuda de cámara. Pero no era él.

Nos ocurre con su libro algo parecido. En la historia aparecen los personajes de su vida, las gentes con las que ha tratado, sus vivencias y sus conveniencias. Pero no él mismo, tal como nosotros lo imaginábamos y esperábamos allí. Se ha fijado ese hombre demasiado en los demás para darnos una imagen cabal de sí mismo, que es la que nos interesaba. Se ha quitado de pronto el bombín y los zapatos horadados, ha dejado a un lado su bastoncito y le vemos por vez primera tal como es en su vida corriente. Eso nos produce una gran decepción. No deseábamos conocer a un Chaplin que viaja, que coge el tren o el barco ni el problema de sus impuestos. Queríamos ver a "Charlot", nada más. Visto como un ser corriente, en batín o en traje de calle, se nos nubla y desaparece la imagen cordial que de él teníamos y que daba como destellos tantas aristas de la vida misma. Así, Charlie Chaplin nos resulta un personaje mate que carece de aristas y de reflejos. Uno más de los seres que pueblan el mundo de los negocios y de los tratos, sin relieve psíquico y sin realidad.

Por tanto, creemos que Charlie Chaplin no debiera haber escrito sus memorias. La redacción y confección de éstas ha sido laboriosa y resulta poco espontánea. A nosotros no nos interesaba la gente que Charlie Chaplin ha conocido; más bien preferíamos conocer la opinión de los que le han conocido a él que, como nosotros mismos, no le hubieran desnudado jamás de los objetos entrañables que formaban su personalidad, el bastoncito y el bombín. En cambio, Chaplin nos da diseños y croquis de los "notables" que han aparecido sucesivamente en su vida. Sus juicios no carecen de vivacidad de expresión y de eficacia descriptiva. Pero, ¿qué nos importa el juicio que pudiera merecer de Jean Cocteau, por ejemplo, a él, que le emula y sobrepasa en muchos ángulos? O los lances con directores y productores de su tiempo, ¿qué nos pueden importar? He aquí un caso en que la vida del hombre es menos importante, a pesar de sus contingencias especiales, que la imagen que de él nos habíamos forjado. Existía el mito de un Chaplin con sus horas

de hambre, sus episodios difíciles, la acritud de sus comienzos, la angustia de sus frios; ¿le falta aquí al escritor el genio de la pluma? Esos frios eran espeluznantes y trágicos hasta ahora para nosotros. ¿Qué ha pasado que, con la tinta, nos resultan más llevaderos y lógicos? Y a medida que el genial intérprete se aburguesa y americaniza se va normalizando y vulgarizando. Las mujeres que conoce —que son varias— pasan ante nosotros como sombras terrenas sin interés, para que él termine en la serenidad social del ocaso doméstico. Nos da la impresión de que este hombre, a quien considerábamos el paradigma de la dificultad y del esfuerzo, dispuesto a realizarse a sí mismo, ha sido simplemente una consecuencia fortuita de sus circunstancias. Pero, en cambio, el "Charlot" del bastoncito, el alma humana que está en el celuloide, se sigue manteniendo en pie. Creemos sinceramente que es a ese "Charlot" a quien debiera haber descrito y no al Charlie Chaplin de la vida corriente.

Nos invade y sobrepasa la misma impresión que teníamos al volver de su casa, en aquella mañana húmeda y borrasca de hace tres o cuatro años. Cuando íbamos bajando por la empinada cuesta, y a través de los cercos de la piedra que ponen un límite a las construcciones y apartados de la ladera, se iba borrando con la lluvia la figura a la que acabábamos de conocer y volvía a surgir, del fondo de nuestra memoria y en nuestra sensibilidad, la silueta de una figura humana intemporal y eterna, con sus frios y su esencia maliciosa, humillado por el mundo, castigado por la vida, pero, sin embargo, vital, individualista y resuelto a no morir; ese "Charlot" del bastón y el bombín que forma parte, sin biografía, de nuestra propia alma.

greta otra vez

Las circunstancias y el momento nos acercan a otra de las figuras del cine, coetánea de la figura de "Charlot" y, como ella, hacedora del arte en que la figura del hombre del arrabal y de los frios puso sus acentos más cálidos. Es Greta Garbo. Una suma de pequeñas circunstancias nos la acercan de nuevo, sin saber por qué, en las horas actuales. Tal vez sea la noticia que hemos leído, y que la afecta indirectamente, de la muerte de su gestor y administrador, hombre de gran fortuna, ligado a la artista por lazos singulares desde hace muchos años. O tal vez sea la noticia de que ella —y no hay más que un "ella" en la historia del cine— se dispone a emprender de nuevo su truncada carrera, después de muchos años de silencio y de apartamiento. En cualquier caso, la figura de Greta Garbo vuelve a asomar a los flashes de la actualidad, tan viva como siempre, porque los años y el tiempo no pasan en su derredor, preservándola de la muerte.

Durante esos años —más de veinte años de inacción— la hemos visto a veces asomar a las páginas gráficas de las revistas envuelta en sus mantos de silencio. Era una figura patética y huidiza, que se negaba a cualquier tipo de actualidad y que parecía inmersa en una atmósfera irreal, como un fantasma. Ella no quería de ningún modo robar el espacio a las otras, esas estrellas hermosas y pujantes de juventud que monopolizaban con sus escándalos la luz pública. Todo lo contrario: ella deseaba no existir, que no la vieran. Ese era un destino trágico de verdad, en una figura armoniosa y rutilante que diera en otro tiempo al cine todos los matices del alma y de la expresión.

Greta Garbo es el silencio hecho carne. Lo era ya en los tiempos de sus grandes creaciones de "El demonio y la carne" y de "Ana Karenina". Toda ella parecía envuelta en ese grave cenital en que estaba como albergada y disimulada su compleja persona. En "Nimotchka", ese su silencio se hace obsesivo hasta más allá de mediada la película, y estalla al fin en una risa prolongada, extraordinaria, que viene de pronto a romper el mutismo sustancial de la figura femenina. Era una risa patética que estalla como una crisis en mitad de un mundo alterado por la ideología y por el pragmatismo: un estallido de risa hiriente, elocuente y patética.

Muchas veces hemos pensado si este estallido no sería la rúbrica con que Greta Garbo clausuraba sus años de lucha y de expresión para volver a su intimidad, ajena al exterior publicitario. Un par de años más tarde se prestaba a realizar su postrera película, aquella "La mujer de las dos caras", que dejaba en todos nosotros un regusto amargo, sin saber por qué. ¿Serían esas dos caras las que desenfocaron la versión definitiva y personal de la gran actriz? ¿Dónde estaba ella, en realidad?

Ojalá no sea ya más un fantasma. Ojalá la veamos nuevamente, aunque sea un solo instante, en la plenitud de su expresión vital, envuelta en sus silencios, pero rodeada de todos. Porque he aquí, en ella, una vida heroica y callada.